

Querido Arturo: Recibimos  
su esquela y la encontramos algo mas  
digna que la tarjeta.

Todos los amigos de devante han  
agradecido mucho su recuerdo y como los pobre-  
citos no saben lo mala persona que es V., no  
encargan le saludemos sanable al propio tiem-  
po la más cordial enhorabuena por su nue-  
vo triunfo.

A nosotros no nos ha cogido de sorpre-  
sa. Sabemos (aunque al leer esto se rubrice  
un poquito) que aqui no hay ya quien tra-  
ga esas cosas como V. 7 intial no lo creará  
pero si a V. buen poeta, es aun mucho mejor  
novelista... ¡ Aunque V. no quiera!

Acabamos de leer El Sagar. Aun meudo  
mucho lo que han dicho y lo que han de decir



Todavía los periódicos, no ha parecido pálido  
el elogio. Es una preciosidad, (continúese  
v. rubricando) un verdadero primor, y se  
necesita que el de los largos mostadros esté  
muy impresionado, y muy entusiasmado,  
y etc etc... para que coja la pluma y se  
deseponga a escribir tres o cuatro carillas  
de letra manuda.

¡Los largos mostadros! ¡Ay, mi querido  
Reyes, que pena tan grande es que en estos  
momentos suyo! Las vengadoras terracillas  
estaban al rojo... Yo distraído pensaba en  
la Viñuela, en ex de Casaridie, en Agus-  
tinico... ¡qué se yo! Veía llegar el drama,  
el momento de pasión, me faltaban algunos  
capítulos por leer, y el cerebro en sus cir-  
convoluciones, pensaba y pensaba, imaginaba



soluciones al conflicto... Me acababa de lavar...  
(usted puede que no sepa lo que es esto...; acababa de hacer mis abluciones! Ahora lo entenderá usted...) Me acababa de lavar, repetito, y las tenacillas estaban al rojo... Las agarré, me fue fi'o, los llevo a la guisa de este lado, conforme se entra, a' mano derecha, la más larga, la más sudulosa, la más poblada, la que me ha proporcionado las más adorables conquistas... y ¡oh, dolor! la guisa se derramó y aquellos largos sellos cayeron al suelo derramados, retorciéndose de dolor y de desesperación... ¡Qué pena tan grande, dios mío! Pero aun me quedaba otra vna operación por hacer... Fue preciso proceder a la amputación de la otra guisa para igualar... y aquí me tiene V. más co-



irrido y avergonzado que un conejo, sin atre-  
verme a salir de casa hasta que el bigote  
no adquiriera su práctica latitud...

Pero me desesperé... Como el malogrado  
Rey dijo: "Paris bien vale una misa", yo  
miserable coplero, murmuré resignado: "El  
Lagar bien vale una guía..." Si, variego  
Reyes, y dolores las dos guías...

¡Basta por hoy. Gracias por mecum-  
plar. ¡Es V. un hombre!

Reciba V. con nuestra enhorabuena  
un abrazo muy fuerte de sus buenos  
amigos y sinceros y apasionados defer-  
ores

Pepelavenaz

Pedro Salazar

Ricardo Latamir (por no estar presente)